

¡QUE VENGA EL SEÑOR ROJAS!

En 1960 era yo... ¿lo digo?... (¡oh vergüenza, oh baldón sobre mi conciencia!; pero es que estaba recién casado y necesitábamos comer aunque fuese una vez al día...; no, esa no es ninguna disculpa; debo decirlo para que quede estampada para siempre tan grande ignominia) ...era yo ¡censor de la Oficina de Espectáculos del licenciado Peredo! Pues bien, o mejor dicho, pues mal, una mañana se recibió en dicha oficina el libreto de *La Celestina*, que Alvaro Custodio quería montar de nuevo, como lo había hecho en 1953 y más tarde en 1957. El titular de la oficina pasó el libreto a sus consejeros, que lo eran la señorita Carmen Báez y el señor Armando de María y Campos. La primera rindió su informe escandalizada porque en esa obra se decían “malas palabras”, y el segundo, quizá por antipatía hacia Custodio, puesto que no se puede pensar en ignorancia en un hombre como él, aconsejó que no se permitiera su representación. Entonces el señor Peredo me ordenó que fuese a buscar a ese señor Fernando de Rojas, autor de una obra tan procaz, para decirle frente a frente que no autorizaría su producción si no le quitaba las malas palabras. Como yo no sabía aún de la existencia del “túnel del tiempo”, me vi en un aprieto para cumplir esa orden, pues para hacerlo tenía yo que viajar hacia el pasado 460 años, situarme en Puebla de Montalbán, cerca de Toledo, o al menos en Salamanca, para buscar a ese señor Fernando de Rojas y darle el recado. Ante aquella imposibilidad, tuve que llevar la contra a un funcionario público, cosa que no debe hacerse jamás, y explicarle que el señor Rojas estaba un poco enfermo, o por mejor decir, bastante enfermo, y que se temía que ya hubiese muerto. Con esta noticia el titular de la oficina se resignó a no tener una entrevista espírita, y se conformó con negar el permiso que solicitaba Alvaro Custodio.

Ahora, ocho años después (y siete que dejé yo la Oficina de Espectáculos con una úlcera gastrocerebral), los funcionarios han cambiado para bien del teatro, y también los criterios, y también los consejeros, y *La Celestina* ha podido representarse, esta vez en el Teatro Reforma. Pero en esta ocasión quiero hacer lo

mismo que aquel licenciado y pedir la presencia del bachiller Fernando de Rojas, para que vea por sí mismo lo que han hecho con su única, pero maravillosa *Tragicomedia de Calixto y Melibea*.

Hace quince años, o bien tan sólo once, Álvaro Custodio supo reunir un excelente reparto, como que allí figuraban Ignacio López Tarso, Guillermo Orea, Lorenzo de Rodas, Ofelia Guilmáin, Pin Crespo, María Idalia, Jorge del Campo, etcétera y además Custodio estaba lleno de entusiasmo por dar a conocer al público de México las obras del teatro clásico español. Hoy, ese entusiasmo se ha convertido en el eterno “cría fama y échate a dormir”, y aquel reparto de buenos actores y actrices quedó reducido a sólo dos: Virginia Manzano y Miguel Córcega. (La noche que pude asistir no trabajó Mercedes Pascual, que también es actriz.) ¿Puede entonces concebirse una *Celestina* sin Calixto y Melibea, sin Pármeno, sin Areusa y sin Pleberio? ¿Y puede concebirse una dirección en la que en la escena final, cuando Melibea va a arrojarse de lo alto de la torre, quiera ser tan realista que efectivamente sitúe a la heroína en el techo del teatro, para que la primera mitad de los espectadores de la luneta se desnuden viendo hacia arriba, y la segunda mitad no vea absolutamente nada porque le tapa el techo del anfiteatro? Don Álvaro Custodio, quien merece todo el respeto y la admiración de los amantes del teatro por su labor pasada, debe recobrar el entusiasmo inicial y responder a ese respeto que se le tiende, con un respeto hacia los autores clásicos. Porque tampoco se puede cortar a su buena adaptación toda la escena amorosa, tan bella, en el jardín, sólo porque los actores que interpretan a Calixto y a Melibea no sepan decirla. Mejor hubiese sido suprimir el monólogo de Melibea en lo alto de la torre, que, a más de incómodo para los espectadores, es una tortura el oír decirlo tan mal por la joven actriz a la que los señores cronistas teatrales consideraron (¡cómo no!) la “revelación femenina” de 1967. La belleza de una mujer en el teatro es muy agradable, pero no es como en la pintura que queda muda para siempre, sino que también debe saber hablar, y es preferible sacrificar la belleza ante el buen decir; lo agradece más el público, y el autor. De Calixto bien se puede esperar algo dentro de algunos años, pero todavía no. Debe

antes el señor Ferrara tomar lecciones de dicción, puesto que la mitad de sus diálogos no los oía nadie, ni él mismo.

En cambio, don Fernando de Rojas, de haber podido aceptar nuestro llamado, estaría complacido, mucho, con Virginia Manzano, que interpreta la *Celestina* de un modo tan admirable, con tanto acierto, que bien puede decirse que es lo mejor que ha hecho en su larga carrera como actriz. Miguel Córcega aparece y da una cátedra de actuación a los bisoños elementos que lo rodean. David Antón resolvió con talento las dificultades escenográficas, aunque el primer telón de calle sea un tanto cuanto escandaloso. El vestuario en general justo, pero un vestido de Melibea francamente feo, y una peluca de "tonto del barrio" en Pármeno completamente innecesaria. El bachiller Fernando de Rojas, y todos los que somos aficionados al teatro, le exigimos más a Álvaro Custodio. Ha demostrado que puede hacerlo, pero estos años de receso le han hecho creer que ya estaba todo hecho, y no es así. Me alegro infinito que el público esté respondiendo con su asistencia; dos mediocres obras que fueron estrenadas el mismo día han sido retiradas ya del cartel, mientras que *La Celestina* cada día tiene mejores entradas. Sin embargo, allí están todavía unas *Golfas* que son para el público mexicano como ese baldón mío por haber trabajado en la antigua Oficina de Espectáculos.

25 de febrero de 1968

DE MARÍA EGIPCIACA A SAFO DE LESBOS

Se dice que México es un país de contrastes, y para estar a tono con el país, su teatro también lo es. Una noche asistimos a un recital poético-dramático intitolado *Las tentaciones de María Egipciaca*, del que salimos llenos de unción religiosa, pero a la noche siguiente vamos a otro teatro donde nos topamos con el florecimiento de Lesbos en todo su esplendor, y entonces nuestra pobre alma sufre un choque y se ve envuelta en un serio conflicto